



LOS
DIAMANTES
DE
BERÓN

FERNANDO LALANA



Primera edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Imagen de cubierta: Julián Muñoz

© Fernando Lalana, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ANTARES

1

La peor manera de morir

En el espacio exterior, en los mundos lejanos, en los satélites habitados, en las naves siderales y en las estaciones espaciales se producen con cierta frecuencia accidentes mortales.

A menudo se descubren nuevas y horribles formas de morir. Pero en el imaginario de los cosmonautas, la agonía sufrida como consecuencia de fallos durante los procesos de hibernación sigue siendo la más temida. La que se halla más claramente revestida por un halo de leyenda. El terror más puro.

Nadie que no haya pasado por ello es realmente capaz de imaginar la angustia de quien revive en una cápsula de hibernación antes de tiempo, con toda la sangre de su cuerpo sustituida por fluido anticongelante, incapaz de moverse, incapaz de respirar y, sin embargo, incapaz también de morir. Y nadie de los que han pasado por ello ha sobrevivido para contarlo. Los aterradores relatos de Edgar Allan Poe sobre narcolépticos que despiertan dentro de su ataúd tras haber sido enterrados en vida, palidecen al lado de las horribles crónicas sobre accidentes de hibernación. De algunas de las víctimas se cuenta cómo fueron encontradas dentro de sus cápsulas averiadas, tras agitarse durante horas entre sufrimientos que la biología humana tacha, simplemente, de inimaginables.

Abro los ojos y solo veo niebla. Niebla triste. Un resplandor blanquecino y difuso.

Tardo unos segundos en percatarme de que se trata del vaho que empaña el interior de la cúpula de mi cápsula de hibernación. La cápsula está cerrada, por tanto; y eso significa que algo no va bien. Al despertar, la cápsula debe estar abierta, con la cúpula alzada. Un relámpago de terror me recorre de parte a parte. Ha ocurrido algo. Algo muy malo. No puedo moverme; no puedo respirar. Es como si alguien me tapase la boca con la mano. O como si el hueso de un melocotón me cerrase la glotis. Esos horribles instantes anteriores a la muerte por asfixia que todos hemos imaginado alguna vez. Solo que, en este caso, la muerte no llega. Sabes que acabará llegando y acabará contigo, claro está, inevitablemente; deseas que suceda y que sea cuanto antes; pero no llega. La angustia se prolonga más y más. Y el dolor. ¡Ah, el dolor! El dolor adquiere un significado distinto al que para ti tenía hasta entonces. ¿Quién podía imaginarlo, tan intenso, tan propio, tan tuyo? Como si hubiese estado siempre dentro de ti, agazapado, esperando mostrarse en el último momento, en los últimos minutos de la existencia. Un dolor que sientes correr por tus venas, transportado por el líquido lechoso que sustituye a tu sangre. Un dolor infinito que parece generarse en el tuétano de los huesos y emerger hasta la punta del vello, hasta el extremo de las uñas y hasta el centro de las pupilas; un dolor ante el que nada puedes hacer. Solo parpadear.

Parpadear.

Cerrar los ojos. Abrir los ojos. Cerrar los ojos...

2

Susanita

Abro los ojos. Lanzo un grito y me incorporo en la cama con un gesto tan violento que la cintura me cruje como pan recién hecho; el corazón, encabritado; los pulmones, reclamando aire desesperadamente.

Durante unos terroríficos segundos, no sé quién soy ni dónde me encuentro. Esta semioscuridad indecisa bien podría ser la muerte; lo que quiera que haya más allá de la muerte. Sin embargo, la melodía que llega hasta mis oídos me hace dudar. La identifico pronto: se trata de *Susanita tiene un ratón* en la versión original cantada por el payaso Fofó. La verdad, no encaja con la idea que yo tenía de la muerte. O quizá sí, no sé. A lo mejor la muerte es precisamente esto: Fofó cantándote al oído durante el resto de la eternidad. ¿Cómo saberlo? Que yo recuerde, nunca antes me he muerto.

De pronto descubro que las singulares andanzas de Susanita y su ratón son emitidas por un interfono colgado de la pared, cuya pantalla se ilumina intermitentemente. Y eso hace encajar, por fin, todas las piezas.

Por suerte o por desgracia, sigo entre los vivos. Mi angustioso despertar en una cápsula de hibernación ha sido solo un mal sueño del que me ha sacado agitadamente la melodía por defecto del intercomunicador.

Lo más inquietante es que no se trata de la primera vez en las últimas semanas que sueño con mi propia muerte. Desde que hace cinco meses comencé a sufrir pesadillas casi diarias, una parte de esos malos sueños tienen que ver con eso: la muerte. Y no cualquier muerte, sino la muerte con ocasión de un accidente de hibernación.

Quizá debería ir al psiquiatra, pero lo cierto es que cada vez me fío menos de mis colegas.

–Diga –gruño, con una voz tan cavernosa que no me parece la mía, tras descolgar el auricular y mientras busco mis gafas al tentón, una vez me he liberado del cinturón de seguridad–. ¿Quién es?

–Zabalza, soy el capitán Barrantes, en funciones de jefe al mando de la estación. ¿Podría acudir al puente de control de inmediato?

La voz de Barrantes suena como la de un mercenario de videojuego. ¿Estaré soñando todavía? ¿Será un sueño de segundo nivel, un sueño en el que sueño que me despierto tras haber soñado que soñaba? No, no puede ser. Es demasiado complicado. Céntrate, Zabalza, demonios. La navaja de Ockham: la opción más sencilla siempre es la más probable. Carraspeo durante diez segundos.

–¿Qué... qué ocurre, capitán? –respondo al fin.

Barrantes, al que imagino en una posición marcial, se toma un tiempo para contestar.

–Nos enfrentamos a una situación, digamos... delicada; y me gustaría contar con su ayuda.

Conozco a Barrantes desde hace muchos años. Por alguna extraña razón, nuestros destinos se han cruzado periódicamente. La primera vez que coincidimos, él todavía era sargento, y yo, estudiante de tercero de psicología. Y lo cierto es que, desde aquel primer encuentro, me cayó mal. Es un pesado insoportable y siempre me trató con

desprecio, no sé por qué. Así que le voy a decir esto con muchísimo placer, como un pequeño acto de venganza:

–Eeeh... mire, capitán, no sé si sabe que dejé el ejército hace más de tres años. Ya no soy militar. Ahora trabajo para la IBM, una empresa civil, no sé si le suena de algo...

–Sí, claro...

–Pues siendo así... ¡déjeme en paz y váyase a freír espárragos!

–¿Qué? ¡Espere, Zabalza...!

¡Ah, qué placer colgar el auricular y dejar al pelma de Barrantes con la palabra en la boca! Cuando me dejo caer de nuevo sobre la cama de gravedad reducida, la sonrisa no me cabe en la cara.

Sin embargo, no han pasado ni treinta segundos cuando suena otra vez la cancioncita de Susanita en el telefonito.

–¿Sí?

–¡Zabalzaaa! –grita Barrantes, hecho un basilisco, al otro lado del hilo–. ¡Como exmilitar debería saber que el jefe de una estación orbital puede reclamar la colaboración de cualquiera de sus residentes en caso necesario!

–Claro que lo sé –respondo con calma–; pero solo hace cinco horas que llegué a la estación, procedente de Marte. Tiene que respetar mi período mínimo de adaptación, a no ser que estemos inmersos en una emergencia de nivel uno, que no creo que sea el caso porque no oigo aullar las alarmas generales. Así que llámeme dentro de tres horas, si es que para entonces sigue interesado en contar con mis servicios.

Vuelta a colgar. Chúpate esa, Barrantes. Me arrebujó en las sábanas. Trato de conciliar de nuevo el sueño. Diez minutos más tarde, cuando casi lo he conseguido, el payaso Fofó vuelve a entonar su canción. Esta vez, ni me molesto en ponerme las gafas.

–A ver si se lo puedo dejar claro, Barrantes: ¡váyase usted al mismísimo infierno! ¡Ya no estoy bajo su mando! ¿Se entera?

–Zabalza, no soy Barrantes. Soy Winston Macnaldy, el presidente de IBM.

Me incorporo en la cama tan deprisa que salgo volando y me propino un cabezazo contra el armario. Cosas de la falta de gravedad.

–¿Qué...? ¡Ay...! ¡Señor presidente! –grito cuando logro recuperar el auricular del interfono, que flotaba descontrolado. En la pantallita del interfono se ha materializado la silueta de un tipo gordo, con pintas de gran jefe-. Disculpe, pensaba que se trataba de... disculpe, disculpe. Es... es... es un placer conocerle, aunque solo sea de oídas. Por megafonía, quiero decir. ¡No! Telefonía. Bueno, que es un placer.

–Lo mismo digo, Zabalza. Me han hablado muy bien de usted.

–Gracias, yo... También me han hablado muy bien de usted.

–¡Faltaría más! Para eso soy el presidente. Al que hable mal de mí, lo echo a patadas de la empresa.

–¡Je, je...!

–Lo digo en serio.

–Ah. Bien... ¡jem...! Lo tendré en cuenta. En fin, usted dirá, señor Macnaldy.

–Me dejaré de rodeos, Zabalza: por favor, póngase ahora mismo a la completa disposición del capitán Barrantes. ¿Está claro?

Me atraganto de inmediato y rompo a toser durante medio minuto antes de poder replicar.

–Disculpe, señor presidente, pero... Oiga, no... no, no puede ser. Me han traído a la estación Antares a toda prisa desde Marte. Dentro de unas horas tengo que viajar a la

Tierra para pasar la revisión psicotécnica de uno de nuestros superordenadores de clase H...

–Estoy al tanto. Pero esa tarea queda sustituida por la que le encomiende Barrantes. A todos los efectos, compórtese como si fuera su jefe. –«Maldita sea», pienso—. De todos modos, comprobará pronto que su tarea prevista y esta nueva están directamente relacionadas.

–¿Relacionadas? ¿De qué modo? Discúlpeme, pero... no entiendo gran cosa de lo que me cuenta, don Winston.

–Lo entenderá todo cuando Barrantes se lo explique. Se trata de una situación ciertamente... grave. Inesperada y grave. Confío en usted para que colabore, y resolverla lo antes posible. Ahora, si me lo permite, estaba en mitad de una cena.

–Oh... ya. Que... que aproveche, señor presidente.
Clic.

Durante medio minuto, miro con alternativa estupefacción el auricular, que aún sostengo en la mano, y la pantallita del interfono, que ha pasado a llenarse de nieve estática.

–No puede ser –me digo en un susurro.

¿Qué demonios está ocurriendo? ¿Forma todo esto parte de mi pesadilla? ¿Qué puede ser tan grave como para molestar al presidente de IBM durante una cena para pedirle que me llame en persona y me ordene colaborar con Barrantes? ¿Y quién puede haber hecho semejante cosa? Solo de pensar en ello, ya me dan escalofríos.

Haciendo de tripas corazón, ahora soy yo quien llamo a Barrantes.

–Capitán, soy Zabalza. He cambiado de opinión y voy para allá. Deme diez minutos.

–¡Que sean nueve!

3

No hay lugar como la Tierra

Me siento en el borde de la cama, los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos, el corazón aún desacompañado. Un reflujo amargo y ardiente atraviesa mi hernia de hiato alcanzando las cuerdas vocales, que protestan por la quemazón. De inmediato, en un gesto automático, localizo entre mis cosas un blíster de grageas de omeprazol y me echo dos a la boca. Más de un siglo después de su descubrimiento, sigue siendo lo más eficaz contra la acidez de estómago.

Decido esperar un minuto más, inmóvil y en silencio, antes de vestirme.

Justo antes de salir camino del puente de control, echo un último vistazo a través de la pared transparente de mi camarote. El paisaje es abrumador, como corresponde a su categoría.

En la estación orbital Antares, todas las habitaciones tienen las mismas dimensiones y servicios, el mismo nivel de lujo. Lo que establece las diferencias de clase y, por tanto, de precio, son las vistas. Puedes alojarte por muy poco dinero en un camarote interior. O por un precio algo mayor, en uno provisto de claraboya orientada hacia el espacio profundo que, no lo voy a negar, también tiene su encanto. Pero, si puedes permitirte, mi consejo es que alquiles una *suite* de clase superior, como esta, con vistas a la Tierra.

Ahí fuera, a través de la pared transparente, en medio de la oscuridad infinita ametrallada de estrellas, flota nuestro planeta, como un gran balón de playa blanco y azulado. Lo he contemplado docenas de veces a esa distancia, pero es una imagen de la que nunca me canso. Podría pasar horas disfrutándola. Estoy de acuerdo en que no se trata de una visión tan espectacular como la que puede admirarse en la cercanía de otros planetas. No tiene comparación con la magnificencia geométrica de Saturno y sus anillos, con la imagen metálica y azul de Urano y su halo axial o con la atormentada estampa de Júpiter, eso es cierto; pero nuestro mundo sigue teniendo algo especial que te seduce irremediablemente. Quizá sea el color mansamente azul de sus océanos, que son el origen de todo, al fin y al cabo. De todo y de todos.

John Beynon tenía razón: no hay lugar como la Tierra.

4

Fallo catastrófico

Cuando, tras un último control de voz, la puerta del ascensor se abre directamente al puente de mando, el centro neurálgico de la estación espacial Antares, no me cabe ya duda alguna de que ocurre algo grave o, al menos, inusual. Destellan por doquier decenas de luces, de colores tan poco habituales como el magenta o el añil. Y varios de los tripulantes corren de aquí para allá con la tez lívida y el gesto tenso, como si sufriesen de colitis. En el centro de la sala, en torno al sillón del capitán de jornada, se congrega un grupo de cuatro personas con todo el aspecto de conformar un gabinete de crisis.

–¡Ya estoy aquí, capitán! –exclamo mientras me acerco a ellos–. ¿Puede explicarme de qué va todo esto?

Barrantes, desde su metro sesenta y cinco, mira a los otros tres y, con un movimiento del mentón, los envía a cumplir sus respectivas responsabilidades, previamente acordadas, supongo. Acto seguido, viene a mi encuentro dispuesto a demostrarme que no es hombre de andarse por las ramas. Directo al asunto.

–Se aproxima a nosotros una nave de carga. Se trata de la *Mesmeren*, procedente de Oberón, uno de los satélites de Urano.

–Sí, ya lo sabía.

El jefe frunce el ceño.

–¿Ya sabía que se aproximaba esa nave?

–No, no. Ya sabía que Oberón es uno de los satélites de Urano. El segundo más grande, si mal no recuerdo. Lo estudié en Secundaria. En cambio, ignoraba que estuviese colonizado.

El militar me mira a través de los cristales. Incluso, me parece oír rechinar sus dientes de titanio. Al parecer, no compartimos el mismo sentido del humor. O a lo mejor es que le caigo tan mal como él a mí. Pero, en ese caso, ¿por qué ha reclamado mi ayuda? En esos momentos debe de haber alojadas en Antares no menos de tres mil personas. Quiero decir, que tenía mucho donde escoger.

–Sería excesivo decir que está colonizado, pero desde hace tres años hay allí una pequeña explotación minera –me explica–. La colonia Oteló.

–Todo muy shakespeariano, por lo que veo. ¿Y qué es lo que extraen en esa mina que resulte rentable transportar desde Urano?

Barrantes abre las manos y me mira como si yo fuera idiota.

–¿En qué universo vive, Zabalza? Estamos hablando de diamantes, por supuesto.

¿Por supuesto...?

–¡Ah, claro! –digo al caer en la cuenta–. Los famosos diamantes de Oberón, el material más duro que se conoce. Protagonistas de joyas de ensueño, pero, sobre todo, imprescindibles para la actual industria espacial, ¿verdad?

En lugar de responder a mi pregunta, Barrantes continúa con su discurso.

–La *Mesmeren* fue fletada por la Compañía Minera Oberón cuando consiguieron la concesión de explotación del satélite y, desde el primer momento, ha sido la conexión de Oberón con la Tierra. Realiza continuos via-

jes de ida y vuelta de cinco meses de duración, llevando allí suministros y trayendo hasta aquí los famosos diamantes, a razón de doscientas toneladas por expedición. Además, la *Mesmeren* se utiliza para efectuar el relevo del personal de la colonia. En esta ocasión, por las primeras informaciones recibidas, sabemos que transportaba en estado de hibernación a veintiún empleados de la compañía, incluidos, por lo visto, varios altos cargos. Todos ellos acababan de cumplir su contrato y regresaban a la Tierra definitivamente.

Al llegar a este punto, Barrantes hace una pausa que yo aprovecho para formularle la pregunta evidente:

–¿Por qué habla de esas personas en pasado, capitán?

Él chasquea la lengua, manifestando su contrariedad.

–Obviamente porque, según los datos que nos están llegando de la *Mesmeren*, esas veintiuna personas... están muertas.

Un escalofrío me recorre la espalda.

–¿Todas? –exclamo–. ¿Todos han muerto durante el viaje?

A Barrantes, por lo que veo, le encanta hacer pausas dramáticas cuando no toca. Ahora, por ejemplo.

–Hace dos horas que los pasajeros deberían haber iniciado el proceso del despertar –declama, por fin, con gravedad–. Pero ninguno de ellos lo ha hecho.

–Es... es algo espantoso. ¿Se conocen ya las causas de...?

–No. Realmente, ignoramos todavía las circunstancias. Hay varias posibilidades: una de ellas es que hayan sido víctimas de una enfermedad desconocida que todos hubieran contraído antes de salir de Oberón.

Eso no se lo cree ni él, así que lo ha dicho para ponerme a prueba. Habrá que entrar al trapo.

–Descarte esa opción, capitán. Apenas se conocen enfermedades que progresen en estado de vida suspendida.